

CUENTO

VISPERA

Bernardo Ruiz (Taller de Narrativa del INBA)

Habito cerca del verde paseo de las Erinias. Las hojas caen viejas, sin viento alguno que las balancee. Paseo, viejo y majestuoso, entre la tierra y la hierba. No sé qué me recuerda el polvo.

Mi orgullo proviene desde el fondo de mi memoria; allá por mis cuadernos de niño cuando escribía: “*SOY YO / ESE / EL QUE NADIE VERA LLORAR.*” Es por esto, por mero orgullo, que pienso en mi vida. El sol se ha ido hace un buen rato.

Quién soy lo sabrá quien haya oído hablar, hará unos quince años del posible consorte de Malussa Strauss, la de los rojos cabellos.

El pasado lo van formando cada una de las letras que aquí escribo como último recuerdo de tantos instantes que a partir de este momento comenzaré a olvidar.

Sé que no he llorado ni pedido perdón. No me arrepiento. Ignoro muy malos ratos y, ¡ay de mí! , he olvidado el color del mar. . . Sin embargo, hay tardes en las que aún soy sincero. Lo soy porque permanezco sin nombre, en esta ciudad en la que nadie me recuerda.

He visto muchos atardeceres. Vi rielar innumerables lunas sobre el río. A través de largas madrugadas he hallado a mi sombra que busca aún el oscilante cuerpo de la anterior velada. No por ello soy menos humano. Es triste saber que se va uno quedando frío y solo entre los vivos. Como los muertos.

Nuestras bodas fueron celebradas con un banquete que duró veintidós días con sus noches. Pero en esta vida todo cansa. Diez años después, Malussa Strauss, la mítica, descendía —sin tener quién la llorara— a la tumba. No por ello soy menos humano.

Sobre mi escritorio, un retrato vela mi sueño. Sueño al que sólo yo conoceré, que nadie más sabrá. Aunque sé que es muy triste despertar en un blanco cuarto vacío, en una casa desierta como una ciudad o un continente. Desvencijados cascarones y antiguas bambalinas de un escenario para nadie (qué diferente sería la soledad si pudieran cerrar lentamente sus ojos los retratos). Sí, en mi cama durmió, durante años, una mujer infiel de ojos de mar que se volvían grises con el viento.

Me contaron que bajó a la tumba auxiliada de unos rápidos cordeles. (La tierra —había llovido— estaba húmeda.) Mientras tanto, tuve que pasar horas y horas, la tarde y la velada en la comandancia, explicando algunas de las razones que me llevaron al asesinato.

Cuando me quisieron castigar pensé en lo lejano de las estrellas. Seguí pensando hasta caer en la cuenta de que había creído amar. Amar como hacen sólo los humanos. Con el



tiempo he visto que no soy sino el menos egoísta de los hombres. A veces, como ahora, el tedio me hace pensar en mí, porque quiere amordazarme. Sabe que no me quiero defender —ya nadie lo hará conmigo.

Aunque no sé cómo todavía, sé que ella ha de volver a mí. Murmurará muy despacio que me ama —aún— como antes. Yo me sentiré muy triste, le gritaré: “No, no es cierto.” Tal vez se vaya llorando.

Sé asimismo que mis hijos señalarán mi cuerpo gritando que ése es el cerdo que los engendró. Del mismo modo, señalándome, nadie elevó su protesta cuando fui condenado a la horca. No habré de sobrevivir.

Cerraré la puerta cantando *tra la la*. Y no crea nadie lo que he dicho. Se acerca la hora del sueño y comienzo a percatarme, a convencerme, de que tal vez sí haya amado; pensando torpemente que —alguna vez— una mujer se pudo fijar en mí. Sé que nada importa. Por ello le miento al cura diciéndole que por las noches me visita el *más bello* fantasma que se pueda imaginar.

Ya nadie imagina nada. En las noches, de pequeño, me quedaba con el oído pegado a la pared tras la que se escuchaba el llorar de una soprano. Yo me decía que eran los ángeles que cantaban para mí. He conocido muchas alboradas.

Cerca de aquí, lo veo desde mi ventana, hay un bosque al que cuidan diosas justicieras. Las Erinias. Nadie se enteró jamás de lo que hacía de niño, después de que la noche caía. Para mí será el lento sueño del ahorcado.

La primera vez que me preguntaron si había matado, respondí que me seguía quedando vivo aún en el intento. Es el recuerdo de mis ocho años, en los que me abofeteó mi padre por haber ahorcado, en un dibujo, a mi hermano, el pequeño, en un paraje desértico. Además, me dediqué el dibujo. No sé si soy el que se espera.

Escucho todas las mañanas el desdoblarse de los pétalos al nacer la flor. Es un bello despertar de mujer, como el más efímero, delgado lamento. Esta mañana, yo seguía tras los barrotes y las rejas mientras la veía pasear a lo lejos. Espectro. Tal vez la soñaba.

Por eso en noches como ésta —víspera de mi muerte abyecta—, se habla sólo de amor y de adioses.

Como la sombra centelleante que atraviesa los cristales, llegó el silencioso fantasma que ha de guiar mi alma mañana al amanecer. Pero, ¿quién ha visto el lento sueño del ahorcado?